

Epístola para el decimoséptimo domingo después de la Trinidad

Efesios 4:1-6

“Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados: con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, procurando mantener la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz: un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos y en todos.”

1. Esta también es una hermosa predicación acerca de las buenas obras de los cristianos, que son creyentes y obedecen la enseñanza del evangelio. San Pablo antes había predicado esto a los efesios, como escuchamos en la lectura de la Epístola del domingo pasado, en donde deseó que aumentaran y crecieran en su conocimiento. Lo que siempre debe ser la base de toda la enseñanza y la vida, y el tesoro alto y eterno del cristiano ante Dios, es la fe en Cristo, lo único que recibe el perdón de los pecados y nos hace hijos de Dios. Ahora, cuando tenemos esto, entonces se deben animar a todos los frutos de la fe, por los cuales los cristianos muestran y manifiestan que son personas que honran a Dios y viven en forma obediente, de modo que Dios sea honrado y alabado. Por eso, nosotros mismos también tenemos honor ante Dios y la gente y un premio eterno.

2. Sin embargo, hace esta exhortación debido a la memoria de su encarcelamiento y la angustia que sufrió por causa del evangelio y para el beneficio y la gloria de ellos (como dijo antes), de modo que, por ello, ellos a la vez honraran el evangelio con su vida y conducta. Primero, da una regla general acerca de la vida entera de los cristianos.

“que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados:” (Efesios 4:1)

3. El punto principal según el cual el cristiano debe regular su conducta externa es que debe recordar con cuál propósito fue llamado y designado por Dios, a saber, por qué se llama un cristiano. Luego debe conformarse a esto y dejar que el mundo entero vea esto, es decir, que por su vida y obras se alaben el nombre y la palabra del Señor Cristo. Él mismo amonesta a los suyos: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”, etc. (Mateo 5:16).

4. Así San Pablo también quiere decir: “Ahora han recibido la palabra y la gracia de Dios y se han hecho personas afortunadas que tienen todo lo que necesitan en Cristo. Recuerden esto y consideren que tienen una vocación muy diferente y mucho más alta que otras personas. Vivan en tal forma que la gente pueda ver que se esfuerzan por una posesión más grande que la del mundo; en efecto, ya han recibido una posesión mucho más alta. Con su vida traigan honor y alabanza al Señor que les ha dado este tesoro,

pero no den a nadie motivo para calumniar y criticar su tesoro ni a despreciar su palabra. Más bien, con ella estimulen tanto más a todos, para que sean movidos por su conducta y buenas obras a creer en Cristo y glorificarlo a él”.

5. El cristiano debe saber que no vive en la tierra por él mismo ni para su propio beneficio, sino su vida y caminos en la tierra pertenecen a su Señor Cristo. Por esto, su vida debería dirigirse a su honor y gloria y debe servirlo a él. Luego puede decir con San Pablo, no solo de la vida espiritual de la fe y la justicia de la gracia, sino también de sus frutos en su conducta externa: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20). Esto es lo que quiere decir “andar en Cristo” (como San Pablo dice en otras partes, y hasta “vestirse del Señor Jesucristo” (Romanos 13:14) como nuestra ropa y adorno, de modo que él brille y se reconozca en nosotros.

6. En donde esto no ocurre, empero, el pecado se hará más pesado y peor. En cada pecado de los que se llaman cristianos o el pueblo de Dios, él no solo se enoja por la desobediencia sino también por el desprecio del Segundo Mandamiento. Eso hace tanto más pesado el pecado porque se calumnia el nombre de Dios y otros son ofendidos, como San Pablo también dice: “El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros” (Romanos 2:24). Por eso el cristiano debe vivir de tal forma que respete el honor de Dios y de Cristo, para que su nombre no se difame y no sea considerado como llevando la culpa del que hace el mal. El diablo junto con el mundo hace todo lo que puede para deshonar y calumniar a Dios, por lo cual solo muestra su odio amargo contra Cristo y su palabra y hace daño a la iglesia por la ofensa, tanto para asustar a los incrédulos para que no oigan el evangelio y para hacer que los débiles se caigan.

7. Para evitar esto, los cristianos deben ser tanto más diligentes para no ofender con sus vidas y para guardar el nombre y el honor de su Dios y Señor tan queridos que no dejarían que fueran atacados. Para estos deben dejar su propio honor, propiedad, cuerpo y vida, porque estos son su tesoro y felicidad supremos. Deben tener presente que si guardan estos muy queridos, este es su propio honor y gloria ante Dios y el pueblo. Dios promete y dice: “Yo honro a los que me honran” (1 Samuel 2:30). Por otro lado, todo el que no hace esto trae sobre sí la más grande ira de Dios, junto con desprecio y vergüenza, como sigue diciendo: “y los que me desprecian serán tenidos en poco” (1 Samuel 2:30). En el Segundo Mandamiento amenaza castigo serio y aterrador sobre todos los que toman en vano su nombre, es decir, no lo usan para su alabanza y honor, etc.

8. Aquí cada uno puede seguramente examinar su propia vida para ver cuán diligente es en este asunto de prevenir la ofensa contra el evangelio y dirigir su obra y actividad de acuerdo con el mandato serio de Dios de honrar y alabar el nombre divino y el evangelio. Sí, aquí cada uno hallará suficientes pecados grandes y opresivos, que ciertamente puede lamentar y corregir, para que no traiga sobre sí la ira de Dios, especialmente, en todo caso, porque ahora en estos últimos tiempos malos el evangelio en todas partes es oprimida con muchas y graves ofensas. El hombre fue creado para ser

la imagen de Dios, de modo que precisamente por esta imagen Dios mismo pudiera ser reconocido. Por tanto, Dios debe iluminar toda la vida y el andar del hombre como en un espejo, y el cristiano no debe tener ninguna preocupación más alta ni mayor que vivir de tal forma que el nombre de Dios no se deshonre.

9. Este es el primer punto de la amonestación de San Pablo sobre toda la vida de los cristianos. Luego, enumera algunas obras particulares por las cuales todos los cristianos en general deben luchar, tales como la humildad, gentileza, paciencia, la unidad del Espíritu, etc. Estos han sido tratados por separado en otras lecturas de la Epístola, especialmente de San Pedro. Por ejemplo, la humildad (de la cual también el Evangelio de hoy nos informa) se discutió en el [Tercer domingo después de la Trinidad](#); la humildad y la gentileza se trataban en el [Segundo domingo después de la Pascua](#) y en el [Quinto domingo después de la Trinidad](#).

10. Estas palabras dan a todos los cristianos en todos los oficios suficientes buenas obras para hacer, de modo que no tengamos que buscar otras o mejores obras. San Pablo no quiere imponer obras especiales sobre ellos fuera de y más allá de los estados comunes, como los falsos santos enseñan y hacen. Ordenaron a la gente a correr al desierto alejados de la gente y establecer su propio monaquismo y obras escogidas por ellos mismos. Alababan estas obras como muy superiores y mejores que las de otros cristianos ordinarios, las cuales hasta despreciaban y consideraban estados peligrosos. Antes el papado descaradamente llamaba estos los estados seculares y sostenía que los que vivían en ellos solo podían llegar al cielo con dificultad, a menos que también se hacían espirituales (solo consideraban los sacerdotes y monjes espirituales) o participaban en sus obras comprando sus méritos de ellos.

San Pablo, sin embargo, y toda la Escritura enseñan solo aquellas buenas obras que Dios impuso a todos en común en los Diez Mandamientos, y que pertenecen a la vida y los estados comunes. No hacen una gran pretensión ni pompa ante los ojos del mundo, como lo hace la hipocresía de su culto escogido por ellos mismos. Sin embargo, son obras verdaderamente valiosas, buenas y útiles tanto para Dios y el pueblo. ¿Qué puede ser más agradable para Dios y más útil para el pueblo que vivir en su vocación de modo que Dios reciba el honor, y con su ejemplo llevar a otros a amar la palabra de Dios y alabar su nombre? Asimismo, ¿qué virtudes hay más útiles en toda la vida del pueblo que la humildad, la gentileza, la paciencia, tener una mente, etc.?

11. ¿En dónde, sin embargo, podemos hacer esto mejor que en los estados en que Dios ha arreglado que vivamos unos con otros entre la gente? Sí, nuestra propia vida especial, escogida por nosotros mismos, y la santidad monástica no tienen ninguna utilidad para esto. Cuando entres en un monasterio, separado de otros, y no quieres vivir como otra gente, ¿a quién le mejora? ¿A quién le ayuda tu cogulla, tu apariencia triste y tu cama dura? ¿Quién llega a conocer a Dios por esto y llega a tener una conciencia consolada, o quién es estimulado a amar al prójimo por esto? Sí, ¿cómo puedes de esta forma servir a tu prójimo y mostrarle amor, humildad, paciencia y gentileza, si no vivirás entre la

gente, sino te adhieres a tus propias reglas escogidas por ti mismo tan rígidamente que dejarías a tu prójimo sufrir carestía antes de hacer cualquier cosa contra esas reglas?

12. Es sorprendente que el mundo es tan ciego que presta tan poca consideración tanto a la palabra de Dios y sus reglas y estados en que todavía diariamente tenemos que vivir. Si predicamos al mundo de la fe en la palabra de Dios, lo considera herejía. Si hablamos de las obras y los estados que Dios mismo ha instituido, otra vez los considera nada, puesto que sabe hacerlo mucho mejor. Cuando un cristiano común, un siervo y una sirvienta, vive en una casa en forma cristiana, “Eso”, dicen, “no es nada sino mundanidad. Debes ejercerte en forma diferente, arrastrándote a un rincón, poniéndote un hábito, saliendo en un peregrinaje a los santos; eso es como te ayudas a ti mismo y a otros para entrar en el cielo. Si preguntas por qué hacen esto o en dónde Dios lo ha dicho, al fondo no hay más razón que esto: “Nuestro Señor Dios no sabe nada de esto y no entiende lo que son las buenas obras. ¿Cómo, entonces, puede enseñar esto?” Tiene él mismo que ir a la escuela con estos santos muy iluminados y aprender de ellos.

13. Todo esto, sin embargo, viene de la aflicción y mal repugnante e innato que se llama el “pecado hereditario”. Esta es tal ceguera y malicia que no quiere ver ni considerar la palabra, voluntad y obras de Dios, sino más bien presenta otras cosas conforme a nuestros propios pensamientos paganos. Han cubierto sus propios ojos, oídos y corazón con un pellejo tan grueso que no pueden ver la luz de cómo la vida común de los cristianos, esposo y esposa, estados inferiores y superiores, están adornados con la palabra de Dios. En cuanto a aquellas obras de las cuales Dios mismo testifica que sinceramente le agradan cuando se hacen por los que creen y están en Cristo, no se convencerá a esforzarse a cumplirlas. En resumen, la experiencia en el mundo entero muestra y testifica que pocas personas realmente están contentas de que tienen la gracia especial de hacer obras verdaderamente buenas. La gran multitud de los que quieren ser santos trabaja en vano en otras obras sin valor y sin fruto, que ellos piensan son grandes y de esta forma se hacen, como dice San Pablo, “reprobados en cuanto a toda buena obra” (Tito 1:16).

Esto es lamentable, puesto que trae consigo el engaño falso humano de obras y santidad escogidas por uno mismo.

14. Segundo, también sigue que las virtudes hermosas y agradables que San Pablo enseña y alaba aquí, la humildad, la gentileza, la paciencia, la unidad del Espíritu, etc., se impiden, hasta se derrumban a la tierra y se destruyen. Por otro lado, los vicios opuestos hostiles son fortalecidos por el diablo. En donde la gente ha caído de la palabra de Dios para obras humanas escogidas por ellos mismos, lo primero que resulta es varias opiniones tercas en que uno promueve esto y el otro aquello. Cada uno quiere tener el crédito de que su idea es la mejor. Y luego otro por su lado quiere inventar otra mejor. Esto resulta en tantas divisiones y sectas como hay maestros y obras. Esto antes ha sido el caso entre las innumerables sectas en el papado y siempre entre todos los sectarios. Bajo tales circunstancias, ninguna de esas virtudes, la humildad, la gentileza, la paciencia, el amor, etc., puede suceder. Más bien, lo contrario tiene que seguir,

porque los corazones y mentes no están unidos. Uno arrogantemente desprecia al otro, y si sus ideas no se permite que sean rectos y buenos, luego comienza a enojarse, envidiar y odiar. No puede tener amistad ni paciencia con nadie que no actúa como le agrada a él.

15. Por otro lado, la vida cristiana de la fe y sus frutos se arregla conforme a la palabra de Dios, de modo que todo sirve para preservar el amor y la unidad y para promover todas las virtudes. No quebranta el orden que Dios proveyó e instituyó para los estados comunes y su obra entre el pueblo, el gobierno, padre, madre, hijos, hijas, señores, señoras, siervos, sirvientas, sino confirma todos ellos como estados y obras buenos. Dirige a cada uno en su vida cristiana y todos en común a luchar por el amor, la humildad, la paciencia, etc., de tal modo que nadie desprecie a otro, sino cada uno honre al otro y sepa que aun en los estados menores puede ser tan bienaventurado y bueno ante Dios como otro. Asimismo, que cada uno tenga paciencia con la debilidad de otro y sepa que otros también tienen que soportar sus defectos, etc. En resumen, que cada uno muestre al otro el mismo amor y la misma amistad que quisiera que se mostrara a él.

16. “Ser de un mismo sentir” ayuda y promueve esto grandemente. El cristiano sabe que en Cristo tiene la gracia de Dios, el perdón de los pecados y la vida eterna, y eso no debido a su mérito ni su vida y obras especiales. Sabe, más bien, que en su vida y posición, sin importar cuán común es ante el mundo, es un hijo de Dios, bendito, y un partícipe en todos los beneficios de Cristo (si cree), tanto como el santo más grande. Por tanto, no tiene que buscar alrededor otras obras que no se le han mandado hacer, ni resentir a otros que están en un oficio más alto y tienen más dones de Dios y pueden hacer obras mayores. Más bien, debe mantenerse en sus propios límites, servir a Dios en su vocación, y agradecerle por usarlo como su instrumento en su oficio.

Por otro lado, esta unidad de mente debe enseñar y mostrar al que sirve, conforme a la vocación de Dios, en un estado mayor o con dones y obras mayores que debe quedarse en humildad y no despreciar a otros. Más bien, debe saber que no es por eso mejor y de más valor ante Dios porque tiene dones mayores, sino es tanto más obligado a servir a otros con ellos. Dios puede hacer más cosas y cosas más grandes por los que tienen los dones más comunes. De esta forma, también puede mostrar la paciencia, la gentileza y el amor hacia sus prójimos que son débiles y frágiles, considerando que también son miembros de Cristo con él y participan de la misma gracia y salvación.

17. Por esto los apóstoles San Pablo y San Pedro en todas partes tan diligentemente resaltan esta virtud, que se llama “estar unánimes”. Es la virtud más necesaria y hermosa entre los cristianos. Mantiene y vincula a todos los cristianos en la unidad e impide que las facciones y las divisiones se desarrollen. De ella se ha dicho mucho antes. Por esto San Pablo aquí nos amonesta a apegarnos a ella con toda diligencia y (como dice en Efesios 4:3) a tener cuidado para retenerla. Él, sin embargo, la llama “la unidad del Espíritu” para mostrar que habla de la unidad en la enseñanza y la fe correcta; de otro modo no se puede llamar uno y el mismo Espíritu, puesto que el Espíritu Santo no está presente sin el conocimiento y la fe en el evangelio de Cristo. Por

esto, debemos luchar sobre todo para retener la enseñanza correcta de la Escritura en forma pura y en concordia.

18. Causar discordia y división de enseñanza es la ofensa más grande y dañina para la iglesia, El diablo promueve esto grandemente, y usualmente viene de cierta gente arrogante, obstinada y ambiciosa que quiere ser algo especial y que contiene para su propio honor y gloria. No pueden estar de acuerdo con nadie, sino piensan que sería una vergüenza si no fueran alabados como más doctos y de un espíritu mayor (que no tienen para nada) que otros. No conceden honor a nadie, aun cuando ven que tiene dones mayores. Asimismo, por envidia, ira, odio o espíritu vengativo contra otros buscan producir facciones y ligar a gente con ellos. Por esto primero les amonesta a hacer las obras necesarias del amor, que ejerzan humildad, paciencia, etc., unos hacia otros y soporten unos a otros, etc.

19. La experiencia hace claro y lo suficientemente obvio qué clase de daño y destrucción este escándalo de la división y la discordia trae a la iglesia. Además, muchas personas son llevadas al error, y la multitud rápidamente está de acuerdo cuando oye algo nuevo que promueven con gran pretensión y palabras exquisitas los espíritus arrogantes y presuntuosos. También se concluye de esto que mucha de la gente débil, pero con corazón bondadoso, cae en la duda y no sabe cuál lado adoptar. Un resultado adicional es que se desprecia la enseñanza y se calumnia por muchos que buscan una razón para contradecirla. Asimismo, muchos se hacen muy malvados y epicúreos y consideran toda la religión y todo lo que se dice de la palabra de Dios como nada en absoluto. Además, aun los que se llaman cristianos se amargan por esta controversia de uno contra otro y se muerden y se consumen con odio, envidia y otros vicios, de modo que el amor se enfría y la fe se extingue.

20. Los que son culpables de esta perturbación en la iglesia y de toda la destrucción de las almas que sucede debido a ella son la gente obstinada, sectaria que no queda con la enseñanza concordante ni mantiene la unidad del Espíritu, sino por amor a sus propias opiniones, honor o espíritu de venganza buscan y emprenden algo nuevo. Así traen sobre sí una condenación mucho más temible e intolerable que sobre otros. Por esto, los cristianos deben tener cuidado de no dar ninguna razón para la división o la discordia, sino con toda diligencia y cuidado (como San Pablo aquí exhorta) deben ayudar a mantener la unidad. No es tan fácil preservarla. Muchas causas diferentes ocurren entre los cristianos que fácilmente fomentan la antipatía, la ira y el odio. El diablo también busca tales causas y rastrilla y sopla en el fuego en dondequiera que pueda. Por eso, deben tomar cuidado para que no den espacio para esta provocación, que el diablo o su carne obran en ellos. Más bien, deben luchar contra ello y hacer y soportar todo lo que deben, de tal modo que, hasta donde puedan, no dejen que se divida la unidad de la enseñanza, la fe y el Espíritu.

“un solo cuerpo y un solo Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos y por todos y en todos.” (Efesios 4:4–6)

21. La razón que debe mover a los cristianos a aferrarse a la unidad del Espíritu es que todos son miembros unos de los otros en un Cuerpo y participan de todos los beneficios espirituales. Todos juntos tienen el mismo tesoro, a saber, un Dios y Padre en el cielo, un Señor y Salvador, la misma palabra, bautismo y fe, y, en resumen, la misma salvación. Porque este beneficio es común para todos ellos, de modo que cada uno tiene tanto como el otro, y ninguno puede obtener más o mejor, ¿qué razón pueden tener para causar división o buscar algo diferente?

22. De esta forma San Pablo muestra y enseña lo que es la verdadera iglesia cristiana y cómo debemos reconocerla, es decir, que no hay más de una iglesia o pueblo de Dios en la tierra, que tiene la misma fe, bautismo, la misma confesión de Dios Padre y de Cristo, etc., a los cuales, en concordia, se adhieren y en que se quedan unos con otros. Todo el que quiere ser salvo y llegar a Dios debe ser hallado en esta iglesia y ser incorporado en ella. Fuera de ella nadie será salvo.

23. Por tanto, esta unidad de la iglesia no consiste en tener y observar el mismo gobierno, ley o precepto y costumbres eclesiásticas externas. El Papa y su gentío afirman que todos son excluidos de la iglesia que no quieren obedecerle a él. Más bien, la iglesia está en donde esta armonía de la misma fe, bautismo, etc., está presente. Se llama “una santa iglesia católica o cristiana” porque tiene la misma pura y genuina enseñanza del evangelio y la misma confesión externa de ella en todo lugar en el mundo y en todo tiempo, sin considerar cualquier otra cosa disimilar que tenga en vida externa corporal u ordenanzas, costumbres y ceremonias externas.

24. Por otro lado, los que no se aferran a esta unidad de enseñanza y fe en Cristo sino más bien “causan divisiones y tropiezos” (como dice San Pablo, Romanos 16:17) por las enseñanzas humanas y sus propias obras escogidas por ellos mismos, por las cuales contienden y mandan que todos los cristianos los observen como necesarias, no son la verdadera iglesia de Cristo ni miembros de ella, sino adversarios y destructores, como frecuentemente hemos demostrado en otras partes. Tenemos esta segura enseñanza y consuelo contra el papado, que nos acusa y condena de haber abandonado y habernos retirado de ellos, y así nos culpa como apóstatas de la iglesia. Sin embargo, ellos mismos son los verdaderos apóstatas de la iglesia que persiguen la verdad y rompen la unidad del Espíritu (bajo el nombre y título de la iglesia y de Cristo). Por esto, todos están obligados por el mandato de Dios a oponerse contra ellos, y hasta evitar y huirse de ellos.